

Presentación: La guerra civil española. Una perspectiva biográfica

Coord. Centro de Estudios de la Guerra-RUHM, España
secretaria@ruhm.es

los personajes no mueren jamás, viven siempre que su mundo es «leído». Aunque jamás consiga besar a su amada, el pastor pintado en una urna griega sabe al menos que la va a contemplar eternamente. Esta es mi apuesta y mi esperanza. Espero con toda mi alma [...] ser el personaje de un relato y [...] no morir nunca [...]. Quizá no viva dentro de una historia importante, quizá sea tan solo un personaje secundario pero, para un hombre que afronta el final de su vida, cualquier perspectiva es preferible a la de desaparecer para siempre.
Mircea Cărtărescu, *El ruletista*¹

Dada la posición de la *Revista Universitaria de Historia Militar* como publicación de referencia en el ámbito de los estudios de la guerra y, no menos importante, aprovechando el tirón del octogésimo aniversario de la guerra civil española hemos querido contribuir a los debates a través de este número especial que presentamos aquí. Su preparación ha sido muy provechosa porque nos ha hecho pensar en algunas de las grandes cuestiones y preguntas que siempre han rodeado al oficio del historiador, las cuales a menudo se han hecho más presentes si cabe tras la crisis general de los paradigmas clásicos que habían dominado las ciencias sociales hasta la década de los 70 del siglo pasado. Hoy en día está claro que no podemos sustraernos a los profundos cambios que han tenido lugar desde entonces. Creemos que de forma intuitiva y a veces inconsciente, al calor del contacto con la realidad en que vivimos, de la formación en los institutos y las universidades, del debate con otros compañeros y compañeras, de nuestros compromisos personales y de aquello que leemos hacemos una historia que responde a los retos planteados por esa crisis. Al fin y al cabo somos hijos e hijas de las preocupaciones y necesidades de nuestro tiempo.

Por nuestra parte, nos contamos entre los optimistas que consideran que la crisis de la historiografía nos ha beneficiado al permitirnos aportar visiones y elaborar relatos mucho más complejos del pasado, sabedores de que este no puede responder en exclusiva a modelos teóricos preconcebidos o a una suerte de mecanicismo que imperaría sobre todas las cosas.² Como

¹ Mircea CĂRTĂRESCU: *El ruletista*, Madrid, Impedimenta, 2010 [1993], p. 58.

² Para una visión de conjunto muy recomendable Julio ARÓSTEGUI: *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2005 [1999], pp. 134-189 y la muy estimulante e intensa obra de Geoff ELEY: *Una línea torcida. De la historia cultura a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008, pp. 177-269, entre otros.

apuntaba la famosa tira cómica *Calvin y Hobbes*, de Bill Watterson, que no por casualidad apareció por primera vez a mediados de los años 80, hemos aprendido que «no entendemos qué hace realmente que los hechos ocurran»; que «la historia es la ficción que inventamos para persuadirnos de que los hechos son cognoscibles y que la vida tiene orden y dirección»; y que es justamente por eso «por lo que los eventos son siempre reinterpretados cuando los valores cambian. Necesitamos nuevas versiones de la historia para dar cabida a nuestros prejuicios actuales». Tras estas reflexiones del pequeño Calvin de seis años, Hobbes, un tigre de peluche al que solo él observa como un ente vivo, le pregunta qué está escribiendo, a lo cual el pequeño le contesta que tiene entre manos «una autobiografía revisionista».³ Por eso nos parecía oportuno comenzar esta presentación con la reflexión del escritor Mircea Cărtărescu, un autor extraordinario que por su estilo se enmarca en toda una tradición literaria con autores de la importancia y calado de Proust, Kafka, Borges, García Márquez o Cortázar, y que nos recuerda que la crisis del conocimiento, es decir, de la posibilidad de aprehender la naturaleza humana y comprender la realidad ya se hizo muy evidente en las artes a principios del siglo XX.⁴ Por eso, si entendemos la historia como un libro o como la cultura oral de los mayores al calor de la lumbre, dos de sus soportes indiscutibles hasta hace muy pocos años, cada vez que abrimos un tomo o que la memoria se despliega a través de la voz ese pasado vuelve a ser revisitado, revivido y reconstruido según el momento. La muerte no existe mientras el pasado es evocado, pero nuestro modo de contemplarlo cambia, incluso en el caso de algo que parece inamovible, como la mirada del pastor griego pintada sobre la cerámica. Su mirada y sus sentimientos serán los nuestros al contemplarlo, tal y como le ocurría al pequeño Calvin, que nos enseñaba en su convivencia con Hobbes que las visiones de la realidad, incluidas las que vertemos sobre el pasado, dependen de la perspectiva, y eso lo sabe muy bien cualquier historiador o historiadora que ha trabajado con testimonios orales.

En este sentido, quizás la historia llegó a estas conclusiones con varias décadas de retraso. O no. Marc Bloch nos recordaba una cita del también medievalista Henri Pirenne para introducir una reflexión de valor incalculable sobre nuestro oficio que aún hoy muchos historiadores e historiadoras y, por supuesto, la sociedad en general, quizás no han acabado de interiorizar: «“Si yo fuera un anticuario sólo me gustaría ver las cosas viejas. Pero soy un historiador y por eso amo la vida”». Por eso, con su sensibilidad habitual Bloch entendía que «esta facultad para captar lo vivo es, en efecto, la cualidad dominante del historiador», porque la puerta de acceso al pasado solo puede situarse en el presente: «En verdad, conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas, donde es preciso, con nuevos tintes, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado». Hasta el punto que afirmaba que «Es cien veces preferible sustituir esa impregnación instintiva por una observación voluntaria y controlada». Y es que la vuelta a los clásicos, a los que fueron nuestros pre-

³ Agradecemos a Javier Rodrigo, miembro del Consejo Asesor de la RUHM, que nos llamara la atención sobre la existencia de la mencionada tira.

⁴ Un estudio clásico de referencia en este sentido es la obra de Carl E. SCHORSKE: *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011 [1980]. Más reciente, pero igualmente un clásico ya Philipp BLOM: *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Madrid, Anagrama, 2010. De hecho, del mismo autor, hace un par de años apareció la continuación natural de esta última obra bajo el título *La fractura. Vida y cultura en Occidente, 1918-1938*, Madrid, Anagrama, 2016.

cursores en tanto que humanistas, historiadores y autores, autoras e historiadoras, suele ser de gran ayuda a la hora de ponernos los pies sobre la tierra y recordarnos que no somos los primeros en llegar a ciertas conclusiones, que nuestras intuiciones o nuestro modo de entender el pasado no surgen *exnovo*. Así pues, el pronóstico de la crisis ya estaba presente de algún modo en la obra de Bloch cuando apuntaba que «hemos aprendido que también el hombre ha cambiado mucho: en su espíritu y, sin duda, hasta en los más delicados mecanismos de su cuerpo». Aún con todo, se aferraba a la necesidad de pensar que «a pesar de todo, es menester que exista en la naturaleza humana y en las sociedades humanas un fondo permanente».⁵ Íntimamente creemos que los historiadores e historiadoras seguimos de algún modo aferrados a esa esperanza, que para Bloch y sus colegas de la Escuela de Annales era mucho más firme porque nunca perdieron el pulso del presente, pero tampoco una visión de largo alcance sobre el pasado que sí que tiene mucha menos presencia en una historiografía cada vez más centrada en cuestiones concretas, compartimentadas e hiperespecializadas.

Sin embargo, tanto las palabras de Watterson a través de Calvin, como las de Bloch y tantos otros que le precedieron y sucedieron o las de los literatos de alcance universal nos recuerdan que cada generación tiene unas preocupaciones que marcan su necesidad y su derecho a visitar y construir su modo de ver al ser humano, de convivir en sociedad y de entender el pasado.⁶ Es más, casi podríamos decir que constituye una obligación, no ya solo de cara a situarnos en nuestro tiempo, sino también a la hora de dotarnos de una conciencia crítica y de instrumentos de análisis para comprender la realidad del presente. Si fracasáramos en ese intento también lo haríamos como individuos, como sociedad y por supuesto como representantes del oficio de historiador. Y aquí cobra sentido este número especial sobre la guerra civil española, tanto en su enfoque biográfico como en los diferentes y variados casos de estudio que aborda con sus infinitas ramificaciones. El conflicto del 36-39 constituyó uno de esos momentos históricos explosivos donde se revelan problemas esenciales de la vida en comunidad y donde salen a la luz de forma generalizada conflictos que siempre están latentes en cualquier sociedad. Sin embargo, Hobsbawm nos volvía a poner ante la necesidad de recuperar las visiones de largo alcance que tan ausentes han estado en ocasiones en la comprensión del conflicto del 36-39 y todo lo que ocurrió en él: «El peligro de este tipo de estudio» centrado en un

⁵ Marc BLOCH: *Introducción a la historia*, Madrid, FCE, 2001 [1949], pp. 38-39 y 37. El propio Tucídides, a quien volveremos, más de dos milenios antes ya apuntaba algo en ese sentido al reflexionar sobre las guerras civiles desatadas en muchos puntos de la Hélade bajo el paraguas de la guerra global del Peloponeso: «Se produjeron muchos horrores en las ciudades durante la guerra civil, horrores que se dan y se darán siempre mientras sea la misma la naturaleza humana, más violentos o atenuados y diferentes de aspecto según la modificación de las circunstancias que se dé en cada caso». TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 289. Sean más o menos discutibles algunos de los juicios que siguen a esta cita textual, lo cierto es que el griego ya apelaba a una continuidad en la naturaleza de los individuos y las comunidades humanas.

⁶ Vale la pena traer a colación las reflexiones de Raphael Samuel al respecto: «el hecho es que nuestra interpretación del pasado varía constantemente a la luz del presente; de hecho [...] estamos continuamente reinventándolo. Por más remoto que resulte el tema estudiado, nuestro punto de vista es inevitablemente contemporáneo. Los ecos de nuestro tiempo afloran incluso a la hora de reproducir al pie de la letra palabras o frases enteras. Por más fielmente que documentemos una época y más profundamente que nos sumerjamos en las fuentes, no nos es posible evitar la aparición de ideas a posteriori. Por más celosamente que protejamos la integridad de nuestro objeto de estudio, no lo podemos aislar del contacto con nosotros mismos». Raphael SAMUEL: *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*, Valencia, PUV, 2008 [1994], pp. 496-497.

acontecimiento o un periodo de tiempo muy concreto caracterizado por su intensidad «radica en la tentación de aislar el fenómeno de la crisis declarada del contexto más amplio de una sociedad que vive un proceso de transformación».⁷ Por eso este dossier analiza una serie de trayectorias personales de personajes y colectivos de primera y segunda línea que tuvieron un papel relevante en el curso de la guerra civil, pero la mayor parte de las veces los autores y autoras lo hacen dentro del conjunto de su recorrido vital, tanto por lo que respecta al periodo anterior al conflicto como a la posguerra, el franquismo e, incluso, la transición.

De hecho, es probable que cualquier nueva comprensión de lo ocurrido entre el 36 y el 39 pase por retrotraernos a las últimas décadas del XIX, marcadas por la crisis finisecular, los diversos conflictos y la definitiva implantación del capitalismo en España.⁸ Esto es algo en lo que llevamos pensando mucho tiempo, sobre todo fruto del trabajo continuado con supervivientes de la guerra a los que hemos tenido ocasión de entrevistar en estos últimos años. En la mayor parte de los casos se trata de individuos pertenecientes a las clases populares de los pueblos del agro peninsular, fuera mejor o peor su posición social y económica dentro de sus comunidades. Sin embargo, al hablar de la violencia que explotó en muchos de estos enclaves, algunos de ellos muy aislados de los puntos neurálgicos del país y los centros de decisión política, todos y todas suelen coincidir en señalar que aquello tuvo que ver con envidias y celos, con males de amores, con conflictos producidos por el roce cotidiano, con disputas por lindes y aguas o con deudas económicas sin saldar, entre otros muchos pleitos personales. Sin embargo, si algo nos enseñaron los convulsos años de finales de los 60 y principios de los 70 es que lo personal o lo privado es político. No por casualidad, esta consigna surgió muy vinculada a los movimientos feministas, y de hecho pone de manifiesto que muchas de las disputas y desavenencias de la vida cotidiana, incluidas las de “menor” intensidad, las que ocurren dentro de un goteo lento y continuado y las que alcanzan grados de violencia, ensañamiento y concentración como las vividas a partir del verano del 36 en España, no solo tienen que ver con conflictos personales y aislados, sino que a menudo y sobre todo suelen encontrar sentido en las graves desigualdades y la desprotección social y económica generadas por el impacto del capitalismo y los problemas estructurales derivados de la conformación del estado liberal contemporáneo.⁹

En cualquier caso, el eje metodológico y temático de nuestra propuesta busca poner en valor los estudios de la guerra, la nueva historia política y la biografía, apostando precisamente por una vuelta al individuo que nos permita reconectarlo con su escenario más amplio y profundizar en sus múltiples dimensiones o en sus repercusiones más estrictamente sociales

⁷ Eric HOBBSAWM: “De la historia social a la historia de la sociedad”, en *Ibidem: Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998 [1997], pp. 100-101.

⁸ Al respecto de esta visión estamos muy en deuda con Assumpta Castillo Cañiz, miembro del Comité de Redacción de la *RUHM*, que entre sus múltiples proyectos en marcha está trabajando la conflictividad y el proceso de radicalización y organización política en el ámbito de las ciudades intermedias del agro del levante altoaragonés desde las décadas finales del XIX hasta la guerra civil.

⁹ Por eso mismo nos identificamos con el espíritu y los propósitos del dossier coordinado por Enrique Moradiellos para *Ayer* hace ya quince años, según el cual «la contienda fratricida española de 1936-1939 no fue una gesta heroica y maniquea ni tampoco una locura trágica colectiva. Fue un cisma de extrema violencia en la convivencia de una sociedad atravesada por múltiples líneas de fractura. Por eso sigue requiriendo la mirada serena e inquisitiva de los historiadores». Enrique MORADIELLOS (coord.): *La Guerra Civil, Ayer*, 50 (2003).

y culturales sobre su entorno. De ahí que reivindicemos lo bélico y lo político en una misma propuesta, tratando de entender cómo ambas cuestiones marcaron los ritmos de los discursos públicos y personales, de las relaciones comunitarias, de las mentalidades, de las transformaciones políticas y de la aparición de nuevos proyectos colectivos; por eso mismo también proponemos lo biográfico como una plataforma útil a través de la cual ver todo esto, a la par que lo reivindicamos como un objeto de estudio con valor por sí mismo. El primer estudioso de las guerras civiles, el historiador y militar ateniense Tucídides, que analizó con gran tino y sensibilidad todo lo que envolvía a los conflictos de esta naturaleza tenía muy clara la transformación de las percepciones, la inversión de valores que comportaba y hasta el reforzamiento de ciertos modelos de masculinidad:

Así, la audacia irreflexiva fue considerada entrega valerosa al partido, y, en cambio, la calma prudente, cobardía especiosa; la sensatez, fachada del cobarde, y parar mientes en todo, irresolución para todo. La precipitación desconcertante fue tenida por cualidad viril, y el maquinarse en pro de la seguridad por engalanado pretexto para desertar.¹⁰

Por tanto, lo que proponemos aquí es un repertorio amplio y variado de perfiles biográficos que, o bien son lo que entendemos como mujeres u hombres de primera fila o bien son individuos a los que a pesar de su evidente relevancia no se les ha prestado la atención necesaria o aplicado el enfoque adecuado. Sea como fuere, en todos los casos se trata de figuras que tanto por su papel al pie del terreno como por sus amplias conexiones con un escenario necesariamente complejo merecen ser revisitadas en el marco de un proyecto colectivo como este. Quizás, uno de sus principales valores sea la capacidad de dar una visión amplia y coral de una sociedad española que se había ido tornando cada vez más compleja a lo largo de las décadas previas a la guerra, de un modo muy similar a lo ocurrido en toda Europa. Por eso la anterior cita de Tucídides nos parece tan conveniente, porque la guerra civil y el franquismo –no así la izquierda en el exilio, muy dividida– contribuyeron a simplificar dramática y forzosamente el mapa sociopolítico y cultural de la preguerra, tan diverso, intenso y lleno de matices. Eso no quiere decir, tal y como revelan los estudios más avanzados de la historiografía, que no persistieran opiniones y actitudes de indiferencia o incluso de oposición durante el conflicto y bajo la dictadura, pero en la mayor parte de los casos dejaron de tener presencia e impacto públicos. Este dossier pretende dar cuenta de todo ello.

Es más, queremos poner sobre la mesa la necesidad de discutir esa idea de las dos Españas condenadas a enfrentarse, como si la historia del país respondiera de manera exacta a la dialéctica hegeliana o pudiera explicarse gracias al beneficio de la retrospectiva y las teleologías.¹¹ Lo mismo podría decirse de la idea de las tres Españas, que presupone una República

¹⁰ TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 290.

¹¹ A pesar del valor intrínseco de la obra y de su carácter estimulante, formativo para muchos y muchas historiadoras de nuestra generación, es el caso Santos JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2006 [2004]. Sin embargo, no se puede acusar en ningún caso al autor de llevar a cabo una simplificación del pasado, dado que una de sus apuestas fundamentales es integrar el mayor número de voces posible, destacar la pluralidad que ha existido en buena parte de la historia de la España contemporánea.

casi antropomorfizada, asediada por todos y condenada a desaparecer bajo el empuje del radicalismo de las izquierdas y las derechas.¹² Las dos ideas son efectivas a la hora de presentarlas a un público educado por activa y por pasiva en este tipo de discursos y ávido de satisfacer su autocompasión por el carácter presuntamente fratricida de los españoles y las españolas o de buscar un rayo de luz que permita exculparlos. Sin embargo, fueron un golpe de estado parcialmente fracasado y la guerra subsiguiente los acontecimientos que forzaron la destrucción de una sociedad hasta entonces muy plural, dando lugar a procesos de convergencia político-social a ambos lados del espectro político con el fin –entre otros– de aplastar al enemigo y llevar a cabo un reordenamiento del país en base a nuevos principios. Aquellos y aquellas que desfilan por este dossier, que marcaron de uno u otro modo la guerra civil y quedaron marcados de forma indeleble por esta, son la encarnación de una sociedad pujante y en proceso de transformación. Todos y todas ellas contribuyeron a su modo al clima de efervescencia política y cultural que vivió el país en los años 20 y 30, y en muchos casos también tendrían su papel más allá de la guerra. Los artículos de Victoria Kent, Margarita Nelken, Manuel, Portela Valladares o Ángel Ossorio ponen de manifiesto la existencia de diferentes sensibilidades y maneras de entender la república como sistema político. Lo mismo ocurre con respecto al fascismo, escisiones incluidas en el periodo de preguerra, y ya durante el conflicto podemos observarlo en las diferentes concepciones del fascismo para un Giménez Caballero o un Antonio Goicoechea, así como las diferencias de Isidro Gomá con el falangismo o la imposibilidad de Gil Robles para hacerse con una voz propia tras el golpe. Es evidente que dentro del amplio espectro de la izquierda socialdemócrata y revolucionaria no encontramos un mismo perfil o unas mismas intenciones, porque distintos son sus recorridos previos, sus talentos y sus necesidades, en casos como el de Indalecio Prieto, Juan Negrín, Largo Caballero, Enrique Lister o las militantes de Mujeres Libres.

Esto sigue planteándonos otro problema de enfoque, que es el de centrar el relato histórico en los grandes prohombres y las mujeres más destacadas, ya sean de primera o de segunda línea, o simplemente gente organizada dentro de la sociedad civil. Si bien esto se justifica por su capacidad para condicionar con sus decisiones y discursos los escenarios globales en que se desarrolló la gente común de los pueblos y ciudades de todo el país en los años que aborda este dossier, no es menos cierto que si no tenemos en cuenta su posición privilegiada (en la mayor parte de los casos) correremos el riesgo de hacer pasar la parte por el todo y de entender el pasado en términos simplistas. Ciertamente no ha tenido mucha cabida aquí la historia del «ser humano pequeño. El gran ser humano pequeño», que es como denomina Svetlana Aleksíevitch a los centenares de hombres y mujeres de las clases populares que entrevistó a lo largo de varias décadas en todos los territorios de la antigua Unión Soviética. Parafraseando a esta escritora de origen bielorruso y ucraniano, la pequeña historia de esta gente

¹² Es la idea presente a veces en la obra de Paul PRESTON: *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Debolsillo, 2015 [1998], que sin embargo coincide a grandes rasgos con este dossier por lo que respecta a sus propósitos: dar cuenta de «la profundidad del drama sufrido por los españoles con motivo de la guerra civil». Esta visión también subyace en el trabajo del mismo autor *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2015. En cualquier caso, lo que Preston trata de poner de manifiesto es precisamente esa riqueza y pluralidad de la sociedad española de los años 30, así como la gran cantidad de actitudes que la acompañarían en todos los ámbitos.

es depositaria y resultado de la gran historia, y por tanto da cuenta de ella, que es un poco lo que venía a decir Cărtărescu en la segunda parte de la cita que encabeza esta presentación.¹³ Al fin y al cabo, fueron las gentes corrientes las más afectadas por las políticas de esos mismos grandes prohombres y líderes de segunda fila de los que da cuenta este dossier, a la vez que contribuyeron a hacerlas posibles con sus propias acciones y decisiones individuales y colectivas. Por eso mismo insistimos en la necesidad de no perder la perspectiva y entender que la vida transcurre a muy diversos niveles, y que los individuos que hasta hace poco habían sido considerados tan solo parte integrante de grandes sujetos colectivos o meros actores de reparto que formarían parte del decorado deben tener su lugar en nuestros relatos del pasado. Son ellos y ellas quienes acaban por darnos la medida de los hechos a ras de suelo o de la mal llamada gran historia, y lanzamos este dossier desde la plena conciencia de esta realidad.¹⁴

En última instancia creemos que la amplia gama de decisiones, los variados grados de incidencia y la diversidad de destinos que protagonizaron los sujetos históricos analizados en este dossier nos pueden servir para entender la multitud y la dureza de los escenarios que hubieron de enfrentar muchos de los españoles y españolas de la época, la mayoría de los cuales no dejaron constancia documental de su paso por el mundo. Por lo que a nosotros respecta creemos en la posibilidad de encontrar pistas para una comprensión más compleja del pasado a través del estudio de la trayectoria de un individuo o un colectivo concretos, siempre y cuando dicha trayectoria sepa hilarse de forma constante con la época en que se enmarca. De ahí seguramente que no abunden los estudios biográficos, dada la enorme complejidad que comporta dar a luz el relato, la dispersión de fuentes o las dificultades para trabajar archivos sin clasificar y, por supuesto, el desgaste que supone centrar los esfuerzos en un único individuo u organización; por eso mismo son tan necesarias las buenas biografías. La propia portada pretende ser un reflejo de lo que venimos comentando: bajo las siluetas de Francisco Franco, Victoria Kent y Manuel Portela Valladares, todas ellas figuras que condicionaron el marco político-social de la España del siglo XX, aparece un individuo anónimo. Este bien podría ser uno entre las muchas decenas de miles de españoles reclutados a la fuerza, o uno de los muchos paisanos, hombres o mujeres, que lucharon por mantener en pie su casa y su familia a pesar del conflicto, dentro del margen de maniobra con que contaron, más o menos pequeño según su posición, pero casi nunca inexistente.

Por suerte, la historiografía ha trabajado mucho y muy bien en los últimos años en lo que respecta a la preocupación por la vuelta al individuo corriente, al hombre y la mujer que denominaríamos como comunes por enmarcarse su existencia dentro de un marco reducido de posibilidades e incidencia, muy restringido al ámbito local-comunitario. No es extraño que como historiadores e historiadoras de un tiempo de crisis e incertidumbre en cierto modo nos identifiquemos con la gente común del pasado, al menos en lo que respecta a la insignificancia y al nivel de exposición, de ahí nuestro deseo y necesidad de dar cuenta de su paso por la vida

¹³ Svetlana ALEKSIÉVITCH: *A propòsit d'una batalla perduda. Discurs d'acceptació del Premi Nobel de Literatura*, Barcelona, Raig Verd, 2015, p. 11.

¹⁴ Un caso de estudio fundamental en este sentido es el trabajo de Carlos GIL ANDRÉS: *Piedralén. Historia de un campesino. De Cuba a la Guerra Civil*, Madrid, Marcial Pons, 2010.

y encontrar respuestas a las grandes preguntas a través de su experiencia.¹⁵ Sabemos bien, cada vez mejor, que los escenarios en que transcurren los días de hombres y mujeres son complejos, al igual que su propia naturaleza en tanto que sujetos individuales, y que la capacidad de maniobra e incidencia de la que disponen sobre su entorno varía según su posición social. No obstante, es importante no olvidar que siempre existe margen para actuar y decidir sobre el entorno, que la pertenencia a las clases populares, uno de los grandes sujetos afectados por la crisis de los paradigmas historiográficos clásicos –que se antoja más necesario que nunca en el análisis del pasado– no es sinónimo de pasividad y fatalidad. Una vez más, volviendo a la guerra civil española, esto se pone de manifiesto en las múltiples estrategias de supervivencia desarrolladas por hombres y mujeres en pos de la supervivencia frente al hambre, los bombardeos, la represión y la desprotección en los frentes y las retaguardias; o, sin ir más lejos, en el papel decisivo de los civiles en el desencadenamiento de la violencia allá donde la hubo, fuera de uno u otro signo, o también a la hora de brindar protección y formas de huida a paisanos en riesgo.

Así pues, desde nuestro punto de vista no es este un tipo de proyecto y una combinación de enfoques que sea habitual en el ámbito de la historiografía española o el hispanismo: no abunda el enfoque biográfico, a pesar de lo mucho que puede ofrecer, aunque se han hecho trabajos muy meritorios.¹⁶ En este sentido, creemos que la RUHM es la plataforma adecua-

¹⁵ En este sentido, el punto de partida y la referencia permanente vienen marcados por la obra de Ronald FRASER: *Recuérdalo tú, recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2016 [1979]. A partir de aquí se pueden destacar múltiples investigaciones que han hecho descansar su trabajo en una combinación crítica y equilibrada de fuentes de archivo y testimonios orales, siendo muy inspirador el trabajo de los y las historiadoras del grupo de investigación HISTAGRA de la USC, tanto a nivel interpretativo como en la recogida de fuentes. Podemos destacar muchos de los aportes de la obra colectiva de Aurora ARTIAGA REGO y Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO (eds.): *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura*, Madrid, Catarata, 2014 o la obra de Ana CABANA: *La derrota de lo épico*, Valencia, PUV, 2013. También existe toda una escuela en Andalucía que integra la recogida de testimonios entre supervivientes como una parte clave de su trabajo, véase por ejemplo Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, EUG, 2013, Francisco COBO y María Teresa ORTEGA: *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental*, Granada, UGR, 2005, Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: *Poder y actitudes sociales durante la postguerra en Almería (1939-1953)*, Almería, UAL, 2007, Antonio CAZORLA: *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975*, Madrid, Alianza, 2016 o Sofía RODRÍGUEZ LÓPEZ: *Memorias de los nadie. Una historia oral del campo andaluz (1914-1959)*, Sevilla, CENTRA, 2015. Al mismo tiempo encontramos un peso muy importante de los testimonios orales en Javier RODRIGO: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005, Irene MURILLO ACED: *En defensa de mi hogar y mi pan. Estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945*, Zaragoza, PUZ, 2013 o David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel. Guerra total en España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

¹⁶ Un modelo de referencia en cuanto a lo que debería ser una obra biográfica desde las visiones más avanzadas de la historiografía en Santos JULIÁ: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008, lo mismo puede decirse del trabajo de Julio ARÓSTEGUI: *Largo Caballero. El tesón y la quimera*, Barcelona, Debate, 2013. Por supuesto, otra referencia inevitable en este campo es la versión revisada y actualizada de Paul PRESTON: *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Debate, 2015. Desde otro punto de vista, proponiendo una disección de las claves en la forja del mito de la figura del dictador, véase Antonio CAZORLA: *Franco. Biografía de un mito*, Madrid, Alianza, 2015. También José Andrés ROJO: *Vicente Rojo. Un militar republicano*, Barcelona, Tusquets, 2006. Otros dos trabajos a tener en cuenta son los de Rafael CRUZ: *Pasionaria. Dolores Ibarruri, historia de un símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, Susanna TAVERA: *Federica Montseny. La indomable*, Barcelona, Temas de Hoy, 2005 y Gabriel JACKSON: *Juan Negrín. Médico, socialista y jefe del Gobierno*

da para impulsar una labor colectiva de esta naturaleza y esperamos que esta iniciativa pueda servir de inspiración para futuros investigadores e investigadoras, así como también para aquellos y aquellas que ya están en activo y se encuentran a la búsqueda de nuevos retos. Y a pesar de que contamos con muy buenos trabajos en el ámbito de las biografías sobre personajes esenciales de la guerra civil, no es menos cierto que seguimos a la espera de otras que sean capaces de abordar la trayectoria personal y profesional de, por ejemplo, los principales mandos militares del bando sublevado. Muchos de ellos, como Fidel Dávila, Gonzalo Queipo de Llano, Emilio Mola, José Enrique Varela, Antonio Aranda, Juan Yagüe, Luis Orgaz Yoldi, Andrés Saliquet, José Solchaga, Alfredo Kindelán, Rafael García-Valiño o Agustín Muñoz Grandes, son figuras extremadamente controvertidas tanto en su desempeño durante las campañas de Marruecos y la propia guerra civil, como en su relación con la política y en sus diversos recorridos vitales bajo la dictadura que contribuyeron a crear.¹⁷ Un mejor conocimiento de sus trayectorias en consonancia con el escenario político-cultural en que crecieron, maduraron y forjaron su carácter y su modo de entender el mundo redundaría sin lugar a dudas en un mejor conocimiento del siglo XX en España. Lo mismo ocurre por lo que respecta a figuras del bando republicano como Enrique Lister, Juan García Oliver, Buenaventura Durruti, José Miaja, Cipriano Mera, Valentín González “El Campesino”, Etelevino Vega, Francisco Galán, Indalecio Prieto, José Giral o Julio Álvarez del Vayo, que todavía carecen de biografías solventes. Como siempre el principal problema en casi todos los casos serán las fuentes, sobre todo donde el acceso a los archivos personales esté custodiado por familias reticentes y desconfiadas frente a los historiadores e historiadoras.¹⁸

Así pues, conscientes del cansancio que produce el ritmo demencial impuesto por las conmemoraciones y los aniversarios, creemos que hay que apostar por la complejización de las visiones dominantes al nivel de la cultura popular y, no pocas veces, también en el ámbito historiográfico. Sin duda alguna, y sin ánimo de ensombrecer otros episodios marginados y menos atendidos del pasado peninsular, la guerra civil española sigue y seguirá siendo en buena medida el principal caballo de batalla de nuestro oficio a la hora de arrumbar con tópicos y visiones preconcebidas o maniqueas del pasado —se entiende de cualquier pasado— y de eso que llamamos la naturaleza humana. Por eso, quizás sea en momentos así cuando más im-

de la II República española, Barcelona, Crítica, 2008. No podemos olvidar los trabajos sobre figuras que culminan sus días en la guerra civil de forma traumática, contribuyendo en los años previos a poner los ingredientes discursivos y prácticos sobre los que discurriría el golpe y la violencia subsiguiente, como vemos en Ferran GALLEGO: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2014 y MATTEO TOMASONI: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, Granada, Comares, 2017. Por último, y por acabar con la relación de obras, resulta muy valiosa por lo que respecta al periodo de la guerra y la primera posguerra la aportación de Paul PRESTON: *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*, Barcelona, Debate, 2013.

¹⁷ Hace apenas una década se publicaron las memorias del propio Queipo de Llano, compiladas y codificadas por Jorge FERNÁNDEZ-COPPEL: *Queipo de Llano. Memorias de la Guerra Civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, un buen material para empezar a trabajar.

¹⁸ Hace nueve años María Eugenia Yagüe Martínez Campo trataba de limpiar el nombre de su padre, marcado por la masacre de Badajoz, al tiempo que revelaba la existencia de un nutrido archivo personal que contendría hasta 20.000 cartas del general de origen soriano. Véase J. MORAN: “Mi padre, el general Yagüe, no era un sanguinario”, *La Nueva España*, 8 de mayo de 2009. Disponible online en <http://www.lne.es/siglo-xxi/2009/05/08/padre-general-yague-sanguinario/754303.html> [consultado por última vez el 10 de abril de 2018].

portante resulta ofrecer visiones profundas y responsables desde el punto de vista historiográfico, capaces de huir de los mitos y las simplificaciones, tan abundantes en este tipo de efemérides. Por otro lado, ya estamos viendo que en los casi dos años que llevamos de octogésimo aniversario han aparecido un sinnúmero de congresos, comunicaciones, artículos, capítulos y libros sobre la guerra, muchos de los cuales han seguido centrándose en la violencia, la represión y la historia local, muchas veces descontextualizada, poco hilada y demasiado centrada en las víctimas.¹⁹ Lo que buscamos aquí es ofrecer algo distinto y dar una vuelta de tuerca. Por eso la idea ha sido movernos en un arco cronológico que va de los puntos de inflexión y rupturas de la revolución de Asturias y las elecciones de febrero del 36 hasta la inmediata posguerra, situando el foco central de cada contribución en los tres años de la guerra, aunque siempre dentro de las necesidades, posibilidades y deseos de cada autor y cada autora. Por tanto, se ha intentado combinar de forma permanente lo factual con lo interpretativo, tratando de trabajar en diversos planos de la realidad: desde el público, al íntimo, pasando por el de las mentalidades, el de lo bélico, el de lo político, etc. Y aquí, como ya adelantábamos más arriba, veremos cómo los ritmos propios de las operaciones y la movilización bélica acaban condicionándolo todo. Por tanto, a caballo siempre entre la retaguardia y el frente, el objetivo esencial es ver la influencia que tuvieron cada uno de los colectivos, de las mujeres y de los hombres que aparecen en este dossier a nivel social, cultural y político en un contexto de guerra, a la par que analizamos lo que representaron en sus respectivos entornos, en sus movimientos políticos y, también, en el conjunto del espectro político—derechas o izquierdas—en que se movían.

Seguramente seguimos en crisis por lo que respecta a la historia, a las humanidades y al conjunto de las ciencias sociales, sobre todo porque los factores que contribuyeron al terremoto epistemológico de finales de los 70 no solo siguen vivos, sino que se han agudizado con el paso de las décadas. Nuestras vidas se rigen por un modelo económico, social y político en barrena que nos empuja a una constante huida hacia delante, como si no hubiera tiempo para detener el discurrir de los acontecimientos o para repensarnos con la pausa necesaria. Aunque el tiempo no espera por nosotros y nos arrastra, aunque estemos en el ojo de un violento huracán que se enreda entre nuestras alas, tal y como le ocurría al Ángel de la Historia de Walter Benjamin, nos mantenemos en pie, y esa crisis permanente en la que a duras penas nos mantenemos en pie nos inspira para seguir planteando nuevas preguntas. Después de todo no hemos perdido el rumbo del todo, y los referentes siguen estando ahí: podemos y debemos volver a ellos siempre con toda la humildad, pero ello no debe ser óbice para aspirar a todo por nosotros y nosotras mismas, porque solo de ese modo conseguiremos hacer justicia a quienes nos precedieron en su mirada al pasado y seguir avanzando en el camino del conocimiento.

¹⁹ Sin discutir el valor de los debates que se llevaron a cabo allí, que lo tuvo y mucho, un buen ejemplo de todo lo dicho lo encontramos en el congreso celebrado a mediados de noviembre de 2017 en la Universidad de Valladolid, *Territorios de la memoria: el franquismo a debate*. Por eso, el debate es y debe seguir siendo uno de los principales instrumentos de los y las historiadoras para avanzar en su trabajo, algo que debe ser promovido y estimulado de forma activa en las clases de historia desde los institutos a las universidades. Al contrario de lo que ocurre en el mundo angloamericano o germano, muchos y muchas docentes del mundo hispanohablante todavía conciben la docencia como clase magistral, negándose a sí mismos la posibilidad de nutrirse de las ideas, interpretaciones e intuiciones de sus propios alumnos y alumnas.